

mujeres. En los arrabales de Santiago y de San Marcelo, los ciudadanos convienen en marchar todos juntos á la Convención, y á la Convención se dirigen igualmente los obreros no domiciliados, á los que acababa de quitar el derecho de tener parte en las distribuciones de pan, como si dijéramos, el derecho de vivir.

Todos estos movimientos se produjeron casi á la misma hora en los diferentes cuarteles, entre nueve y diez y media de la mañana. Aumentó todavía la irritación del pueblo la noticia de que la Convención pensaba abandonar á París, yéndose á Chalons ó disolviéndose, lo que equivalía, en sentir del pueblo, á abandonar su puesto en los momentos de mayor peligro. Atizaron con ardor la cólera popular, ocioso es decirlo, los agitadores jacobinos, bajo la dirección de Duhem y otros jefes, quienes habrían podido inclinar la balanza á favor del interés de su partido, si la muchedumbre que invadió el salón de la Asamblea se hubiese dejado llevar á la violencia. Pero el pueblo prestó oídos á la persuasión y, al cabo de algunas horas, desalojó el salón por su voluntad, sin cometer el menor desmán. Hasta se puede afirmar que, ni por un instante, llegaron á mezclarse los intereses materiales y los políticos. Durante todo el tiempo que los manifestantes permanecieron en el salón, las únicas voces que profririeron fué: «¡Pan, pan! ¡No tenemos pan! Pedimos la sesión permanente hasta que tengamos pan»; y á estas palabras del Presidente: «En el instante mismo en que habéis entrado, nos estábamos ocupando en los medios de reprimir el egoísmo y asegurar vuestra subsistencia: tranquilizaos; tendréis provisiones»; respondió un grito atronador: «Eso es lo que pedimos». Es más. Desde los primeros movimientos de la jornada, los comités, aplicando la ley de veintiuno de Marzo contra los tumultos populares, habían tocado á rebato en el pabellón de la Unidad; la guardia nacional y la Juventud dorada se prepararon también á ir en defensa de la Convención, y (lo que disipa todo vestigio de duda) las diputaciones de varias secciones declararon, que los ciudadanos de las mismas se levantaron primero en masa para marchar á la Convención y rogarle que remediase el hambre del pueblo, pero que, habiendo oído por el camino el toque de rebato y de generala, retrocedieron para velar desde sus puestos por la seguridad de los representantes del pueblo. Cuando la fuerza armada llegó á la Convención, la ola popular se había retirado ya del salón de sesiones. De todo lo cual se desprende, con toda evidencia, que la causa de la insurrección del doce Germinal fué principalmente económica.

Esto no obstante, la Convención ó torpe ó mal intencionada, achacó á manejos de los jacobinos lo que sólo era efecto del hambre, y tomó pretexto de la insurrección para adoptar medidas no menos arbitrarias y bárbaras que las del Terror. Un antiguo terrorista, Andrés Dumont, que había ocupado la presidencia en medio de aquella escena tumultuosa, se lanza á la tribuna, y se quejó de las amenazas é insultos que se le acaban de dirigir; recuerda que Chasles y Choudieu, señalándole al pueblo, habían dicho que el realismo

estaba en el sillón presencial, que Fousseoire había propuesto la vispera desarmar la guardia nacional, y concluye diciendo: «Por lo demás, desprecio á todos estos enemigos que han querido asestar sus puñales contra mí; á los jefes es á quienes hay que herir. Se ha tratado hoy de salvar á los Billaud, Collot y Barere; no os propondré enviarlos al suplicio, porque no están juzgados, y la época de los asesinatos ha pasado ya; pero sí deterrarlos del territorio que infestan con sus sediciones. Propongo, pues, que esta misma noche se desporte á los cuatro arrestados cuya causa os ocupa hace varios días. Á lo que añadió Bourdon: «Este es el último esfuerzo de una minoría á la que la traición confunde. Os propongo, además, el arresto de Choudieu, Chasles y Fousseoire». Las dos proposiciones fueron votadas. No paró en esto. Recordando que Huguet había pronunciado la frase: «Pueblo, no olvides tus derechos»; que Leonardo Bourdon había empujado á la insurrección con sus declamaciones, y que se había visto á Duhem en la sección de los Inválidos bebiendo con los principales jefes terroristas, se arrestó á estos tres diputados, juntamente con Amar, reputado por el más peligroso de los montañeses. Y para alejar de París á estos supuestos jefes de la conspiración, se propuso y acordó llevarlos inmediatamente al castillo de Ham. Más cordura que la Convención mostró el pueblo, apostándose la mañana del siguiente día en los Campos Eliseos, para detener los coches que se llevaban á los diputados proscritos, lo que seguramente habría conseguido sin la presencia y entereza del general Pichegru, en París á la sazón, el cual logró dispersar, después de sangrienta refriega, las fuerzas populares. Esta resistencia del pueblo acabó de exasperar á la mayoría de la Asamblea, la cual, como presa de vértigo, ordenó nuevas y más arbitrarias detenciones. Que los girondinos, temiendo tener delante un nuevo dos de Junio ó un nuevo dos de Septiembre, se apasionasen, pase; pero que los antiguos terroristas del partidor thermidoriano le dejasen atrás en proponer medidas violentas, esto ni se justifica ni se explica. Después de haber ordenado el desarme en toda Francia de los que, á juicio de las asambleas municipales ó de sección, hubiesen contribuido á la vasta tiranía del Terror, la Convención, en la triste é insensata sesión de cinco de Abril, decretó, á propuesta de Tallien, el arresto de ocho representantes más, entre ellos, Thuriot, que había presidido la Asamblea el nueve de Thermidor, Lecointre de Versailles y Cambón. El único crimen de estos dos últimos era haber combatido la proscripción arbitraria é inconveniente de los antiguos individuos de los comités. ¡Qué desconsolador contraste! ¡El septembrizador Tallien haciendo arrestar al íntegro Cambón!, es decir, los malhechores arrestando á los gendarmes! Cambón no se dejó prender; se ocultó en París hasta que pasó la reacción. Deber de conciencia es consignar que este patricio, que por tanto tiempo dirigiera la hacienda de la Revolución, tenía, cuando ingresó en el cargo, seis mil libras de renta; cuando lo dejó, tres mil.

De los reaccionarios, no tardaron los que conservaban sentimientos republicanos en



darse cuenta de que trabajaban á favor de la restauración. No se necesitaba, en verdad ser un lince para verlo. Ya el infatigable Duhem había descubierto un escrito titulado *El Espectador de la Revolución*, diálogo acerca de las dos formas de gobierno monárquica y republicana, en el que se daba la preferencia á la primera y se alentaba al pueblo á restablecerla; y se acababa de saber que, en los tumultos provocados en Rouen y Amiens, se había oído el grito de «¡Viva el rey!». De aquí el acometer ahora varios diputados la tarea de contener á la Convención en su movimiento regresivo. Uno de ellos fué el vehemente y generoso Louvet, aquel girondino que había escapado á la suerte aciaga de sus amigos Buzot, Petion y Barbaroux, separándose de ellos, yendo á ocultarse en París y luego en las grutas y bosques de Jura, acompañado de una mujer admirable por su ejemplar abnegación; este Louvet, en la desgraciada sesión de diez y seis de Germinal, agotó todo su ingenio y elocuencia, aunque en vano, para que se prohibiese arrestar á los diputados sin documentos y sin pruebas. Lo mismo y sin mejor resultado, intentó Freron, bastante menos perverso que Tallien y con sentimientos de patriotas á pesar de todo, proponiendo que se sustituyese la deportación á la muerte para los delitos revolucionarios, dejando subsistente esta última pena para los contrarrevolucionarios. Seguro Freron, visto el temperamento de la Asamblea, de que ésta solamente había de proceder contra los diputados revolucionarios, se proponía salvar á éstos de la muerte, y en efecto, algunas nobles cabezas se habrían librado de ir al cadalso si se hubiese aceptado su proyecto. Por desgracia, éste pasó á los comités, donde quedó enterrado.

En este instante, volviéndose la atención pública hacia un gran proceso, que renovó en París todas las emociones que había causado el de Carrier. El caso no era para menos. El nuevo Tribunal revolucionario, *reparador*, juzgaba al antiguo Tribunal revolucionario, *de la sangre*. El acusador público Fouquier-Tinville, el presidente Hermann, los vicepresidentes, jueces y jurados, el director del negociado de policía, Lanne, comparecieron á responder de todas las violaciones del derecho y de los sentimientos de humanidad que habían cometido. Se les permitió lo que ellos habían negado á sus víctimas: defenderse con entera libertad. Cuarenta días duraron los debates, y declararon cuatrocientos diez y nueve testigos, los cuales hicieron desfilar por delante del Tribunal las sombras de las innumerables víctimas que los acusados habían enviado á la guillotina impiamente y con fruición. Durante el proceso, se vió á Fouquier-Tinville escribir sin cesar, sin que se le escapase una sola palabra, ni del presidente, ni de los acusados, ni de los testigos, ni de los jueces; era, como el Argos de la fábula, todo ojos y todo oídos. Su mirada hacía bajar aun la de todos; cuando iba á hablar, fruncía las cejas y arrugaba la frente; su voz era fuerte, ruda y amenazadora, y pasaba de repente del tono agudo al grave y del grave al bajo más profundo. Mas ¿qué podía alegar en su defensa el sanguinario fiscal? Sin embargo, una vez más se probó que no hay hombre completamente malo. Aquel monstruo, que

no cenaba el día en que no enviaba carne á la guillotina, había hecho absolver á tres procesados; había salvado la vida á muchos presos, entre ellos los nanteses, aplazando indefinidamente su juicio; se le oyó quejarse, al salir de una audiencia en la que se había condenado á los acusados sin oírles, de lo cruel de su oficio y envidiar la vida del labrador; porque no dejaba hablar á los acusados, trató en cierta ocasión á Dumas de miserable, y un día se enfadó con los jurados, por haber dado veredicto de culpabilidad contra ocho infelices que él reputaba inocentes. He aquí todo lo bueno que se puede decir de aquel instrumento del Terror, pobre diablo, después de todo, en cuya alma había más servilismo que crueldad, y que, á no haber sido por las contingencias de aquel desquiciamiento social, hubiese pasado la vida en una oscuridad completa. El Tribunal inspiró su sentencia en la más exquisita justicia. Fouquier, Hermann, Lanne y trece más fueron condenados á muerte; otros trece, aunque convictos de complicidad material con los anteriores, absueltos, por no haber obrado con malas intenciones, y hubo dos absueltos lisa y llanamente, uno de ellos el huésped de Robespierre, Dublais, tan honrado, que el Tribunal, atento á la equidad no quiso que quedase ninguna mancha sobre su nombre. Su mujer, madre adoptiva de Robespierre, encarcelada el nueve de Thermidor, apareció muerta en su calabozo, sin saberse si se mató á sí misma, ó si fué estrangulada por una cuadrilla de mujeres furiosas que invadieron la cárcel. El siete de Mayo fueron conducidos los condenados á la guillotina levantada en la plaza de la Grève. Fouquier marchó sereno; hasta se le vió sonreír y pronunciar palabras amenazadoras. Solamente cuando llegó al pie del cadalso y sintió sobre sí las garras de la muerte, pareció comprender que era culpable.

Mientras de esta suerte perecían los que habían sido instrumentos del Terror, sus más implacables jefes, Billaud-Varennes y Callot-d'Herbois, salían embarcados para Cayena. Vadier se había escapado. Barere, enfermo ó fingiendo estarlo, consiguió no partir, y luego se fugó, no sabiéndose de él mientras duró la reacción. Nunca volvió á desempeñar papel importante en la política. Sus *Memorias* son confusas, poco sinceras, y no dan idea de las grandes facultades que puso al servicio del Comité de Salvación pública. Collot pereció á poco por accidente. Billaud vivió mucho tiempo en América, pobre, y mostrando en su destierro una dignidad y una dulzura de costumbres que contrastaban notablemente con su vida anterior. ¡Qué grande es el poder del *medio* sobre los individuos! Expresó durante su vejez el mismo arrepentimiento por la muerte de Dantón que por la de Robespierre; pero jamás se arrepintió del Terror. Repitió al morir la frase que Montesquieu puso en boca de Sila: «La posteridad me acusará de haber economizado demasiado la sangre de los tiranos de Europa».

Tal fué el curso de la reacción thermidoriana en París hasta el mes de Abril del noventa y cinco. Clemente, reparadora y circunspecta en los comienzos, la Convención se precipitó al final en un nuevo terror, no menos implacable y más insensato que el de Ro-



bespierre. Al cabo, buena ó mala, tenía éste una idea para cuya realización estimaba como medio necesario el terror; mas la Convención no perseguía ningún fin, su terror era expresión tan sólo de pasiones innobles, de rencores y venganzas, impropias de cuerpos gobernantes. La Convención estaba juzgada. Huérfana de directores, de aquellas cabezas privilegiadas que la surtieran un día de ideales y le imprimieran dirección fija; lastimados sus individuos por las injustas persecuciones sufridas ó los peligros de que milagrosamente se habían salvado, era un cuerpo sin alma, un cadáver roído por los gusanos de los intereses bastardos y de las insanas pasiones. Imposible que semejante corporación restableciese el orden sobre la base del derecho. Su continuación en el poder era un peligro para Francia. Mas antes de acompañarla en sus postrimerías, debemos dirigir la vista á los graves sucesos que se estaban desarrollando en el resto de Europa.



## CAPITULO DÉCIMOTERCERO

Fin de Polonia.

CONTECIMIENTO importantísimo, que asombra y conmueve, es en el andar de los tiempos la muerte de una nación. Que allá, en el estado semibárbaro del antiguo Oriente, desaparecieran imperios levantados por la conquista y mantenidos por la fuerza, ó que más acá, en el estado de fraccionamiento de las antiguas comunidades griegas, sucumbieran ciudades que se repelían como sectas y vivían en lucha continua las unas con las otras, entrambos casos se explican más que en el estado de cultura alcanzado á fines del siglo pasado, entre naciones educadas é imbuídas en las elevadas máximas de la religión cristiana, cuando se llevaban tres siglos de escribirse acerca del derecho internacional, y un soberano, Enrique IV de Francia, había ideado el grandioso proyecto de crear un tribunal europeo que dirimiese las guerras entre los soberanos y los conflictos entre éstos y sus pueblos, que en estos instantes pereciese una nación hecha y derecha, de larga historia, tradiciones seculares, idioma propio, rica literatura y bien limitado territorio, esto ni se explica ni se comprende; y será eterno baldón de las naciones vecinas que, lejos de ayudarla á vencer las dificultades de su existencia, se aprovecharon de sus crisis interiores para matarla y repartirse los pedazos de su cuerpo. Justo es reconocer, sin embargo, que la causa principal del desastre la puso Polonia, por haberse quedado estacionada en su primitiva constitución troncal, cuando las demás naciones, habiendo evolucionado de la troncalidad á la geocracia, del feudalismo á la monarquía absoluta, caminaban á toda prisa en la empresa de organizarse sobre el fundamento del suelo, subordinando dentro todas las energías lo-

